

**INTELECTUALES «LIBRES» O
INTELECTUALES «REVOLUCIONARIOS» :
EL CASO DE LA REVISTA *LIBRE*
Política y cultura sobre un campo minado**

El propósito fundamental de la revista *Libre* (París, 1971-1972), disputar con los intelectuales cubanos, sus instituciones y aliados, la legitimidad estética e ideológica que autoriza la definición del rol de la literatura y del intelectual, fue sin duda demasiado ambicioso. Su fracaso permite establecer las condiciones de posibilidad de una discusión de esa naturaleza en América Latina a comienzos de la década del setenta. Editada en París, a través de la convocatoria del español Juan Goytisolo y representada por un conjunto internacional de colaboradores, esta «revista crítica trimestral del mundo de habla española» (tal como se auto-define) enuncia, pese a su aparente cosmopolitismo, un «nosotros» de eminente pertinencia latinoamericana, tanto por el objetivo que la hizo nacer como por las razones que motivaron su corta vida. La participación de muchos intelectuales españoles de la diáspora o semidiáspora provocada por el franquismo, provee a *Libre* de voces autorizadas por la experiencia política de la persecución para avalar su palabra. En cuanto a sus integrantes latinoamericanos, son mayoritariamente figuras consagradas por el *boom*, que comparten también el exilio voluntario en Europa, como García Márquez, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, José Donoso y Julio Cortázar, quien acabará por renunciar a *Libre* cuando estalle la polémica sobre Heberto Padilla y las relaciones con Cuba se caractericen por la abierta polémica.

Para entender en qué medida la empresa de *Libre* supone un antagonismo importante dentro de un campo intelectual que hasta entonces se mostrara relativamente unificado, es preciso señalar un dato importante del escenario en que surge : la creciente incompatibilidad conceptual entre mercado y revolución, elaborada por las vertientes antiintelectualistas y radicales de la izquierda intelectual. La politización de los ar-

tistas, condición que marcó su legitimidad en los sesenta, no había sido en principio incompatible con su posición en el mercado. Al contrario : la aparición de un importante mercado editorial para los productos latinoamericanos había sido celebrada años antes como un dato que serviría a la causa de la divulgación de un mensaje progresista y transformador. Sin embargo, en los primeros años de la década del setenta, ese mercado toca su techo y se revela agotado para producir nuevas y masivas consagraciones. Quienes pudieron gozar de los privilegios que el efímero mercado había otorgado, fueron considerados entonces por las posiciones más radicales de la izquierda, miembros de una élite que por su colocación, renegaba incluso de su condición latinoamericana al residir en Europa. El prestigio personal acumulado parecía la antítesis exacta de la misión transformadora que los escritores del continente debían asumir. Para las posiciones que vienen de Cuba y a las que adhiere un amplio círculo de artistas latinoamericanos, la revolución es el hecho cultural por excelencia, lo que quiere decir, el único.

Los integrantes de *Libre*, son precisamente, esos escritores cuya consagración es vista como un incumplimiento del deber que vincula a los artistas con la sociedad. Puesto que los miembros de *Libre* también reclaman para sí la consideración debida a los intelectuales «revolucionarios», la publicación intentará sostener otra lectura de las relaciones entre literatura y sociedad. Postulando la legitimidad de sus criterios como probados y reconocidos por el público, esto es, considerando al mercado como un espacio de demanda socialmente legítimo, los intelectuales de *Libre* definirán al escritor como la conciencia crítica de la sociedad y a la literatura como un arma de acción específica y autónoma, oponiéndose así al antiintelectualismo severo que emana de los propios intelectuales de la Revolución¹ y que sólo puede matizarse aceptando un rol subordinado respecto de las instituciones del Estado.

Ningún intelectual en los años setenta podría haber defendido, con éxito, la pura lógica del mercado. Lógicamente, *Libre* no la intentará : preferirá reemplazar la oposición Revolución/Mercado por otra dico-

1. «Ninguno de nosotros está limpio de culpas : la intelectualidad latinoamericana no ha cumplido del todo con las tareas ideológico-culturales que supone la aparición del socialismo en tierras americanas» dirá Roque Dalton). La comparación entre auténticos revolucionarios (los hombres de acción, Guevara y Castro) y artistas resulta ominosa para estos últimos a menos que acaten la nueva definición de intelectual revolucionario : el intelectual estatizado, cuya característica principal será aceptar que «el ciudadano de más autoridad, el más respetado, es el miembro del partido», y proclamar con Ambrosio Fonet, que «en Cuba, el poeta debe ser también un funcionario». Cf. Dalton R ; Depestre R ; Desnoes E ; Fernández Retamar R ; Fonet A ; Gutiérrez C.M ; *El intelectual Y la sociedad*, México, Siglo XXI, 1969.

tomía ; la que separa al «Socialismo real» con «el socialismo» a secas. Uno de los anclajes pragmáticos de la empresa de *Libre* es su alianza — cierto que simbólica — con el Chile de la Unidad Popular, (un modelo posible de transición al socialismo, según es presentado) sin cuya existencia la hegemonía de la «vía cubana» no hubiera podido discutirse ni siquiera en términos estrictamente culturales. También rinde *Libre* tributo a la necesidad de autorizar su discurso a través de la colaboración en la revista de algunos «hombres de acción». Se trata, en este caso de Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, fundadores del MAS (Movimiento al socialismo), una escisión del Partido Comunista venezolano.

Las múltiples estrategias realizadas por *Libre* no alcanzan a superponerse a sus debilidades. Fundamentalmente porque lo que está en juego en el debate supone dos tipos muy desiguales de alianzas : una, muy fuerte, con la política cultural de un Estado, otra, débil, entre intelectuales sin otro apoyo que su propio prestigio. Esa debilidad engendra otras, como por ejemplo, el origen del financiamiento que hace posible una alianza del segundo tipo. Aunque en el editorial del primer número de *Libre* se aclare que el apoyo económico proporcionado por Albina de Boisrouvray (nieta del boliviano Patiño, rey del estaño) «no implica ninguna suerte de compromiso para la publicación», la apelación justificativa se torna evidente. Rara conjunción de modernidad y anacronismo ya que en *Libre*, la pretensión modernizante (revista de escritores al tanto de las novedades teóricas y literarias, de dirección rotativa y por lo tanto de estructura de enunciación no jerárquica) se contrapone con el arcaísmo del mecenazgo privado que la hace posible.

La legitimidad de *Libre* para polemizar queda además debilitada por las acusaciones de filiación, que la emparentan con la desprestigiada *Mundo Nuevo*, la publicación dirigida por Emir Rodríguez Monegal, también desde París, a la que se acusó sistemáticamente, de haber sido financiada por la CIA. Con todo, es problemática la filiación inmediata entre *Mundo Nuevo* y *Libre*¹. Parisina, sin embargo, como *Mundo Nuevo*, con la participación de algunos de sus «puntales», *Libre* comparte

1. Aunque resulta sintomática la continuidad cronológica entre ambas publicaciones (el número final de *Mundo Nuevo* tiene fecha marzo-abril de 1971 ; el primero de *Libre*, septiembre-octubre-noviembre del mismo año), la primera está lejos de poder ser la expresión de los mejores escritores de habla española, como su presunta hija, y su desprestigio es ya, un hecho indiscutible. Otro hiato entre ambas es la presencia en *Libre* (los tres primeros números, con defección en el último) de Julio Cortázar, quien se había negado a colaborar con *Mundo Nuevo* como también la de Angel Rama quien fuera el organizador principal de la campaña contra *Mundo Nuevo*, desde las páginas de *Marcha* y cuyos artículos denunciando el financiamiento de la CIA a *Mundo Nuevo* fueran reproducidos y aplaudidos regularmente por *Casa de las Américas*.

con la primera afinidades profundas, sobre todo en torno a la concepción de la literatura suscribiría estas declaraciones de Monegal :

debemos abandonar la idea anticuada, pero muy anticuada, apocalíptica de una disyuntiva entre la palabra y la acción. La acción de un escritor está en sus palabras. Esa es su única y auténtica acción. En algunos lugares de América Latina, estas cosas no se ven claras todavía.¹

La experiencia de *Mundo Nuevo* servirá a *Libre* para comprender que las posibilidades de supervivencia están ligadas a la simpatía que el proyecto pueda despertar en Cuba. En enero de 1971, meses antes de la acusación a Padilla, Vargas Llosa y Cortázar van a La Habana a testear la reacción y eventual apoyo de *Casa de las Américas* al proyecto de la nueva revista. La polémica desatada a raíz del caso Padilla quiebra las posibilidades de una *entente* más o menos cordial y se transforma también en un enfrentamiento entre capitales : París contra La Habana. Se tratará entonces de rediscutir herencias y tradiciones culturales : si los adversarios latinoamericanos viven en Europa, Europa será ahora un «otro» de Cuba. Será revolucionario vivir donde se ha nacido y contrarrevolucionario preferir el Olimpo europeo. La fuerza de este apotegma determina, para el caso de *Libre* una elección táctica : su jefe de redacción por su ubicación geográfica, debía contrarrestar el desarraigo de las restantes figuras. La elección recaerá entonces sobre Plinio Apuleyo Mendoza, colombiano residente en su país, recomendado por García Márquez.

Se enfrentan también el capital cultural con el capital estatal. Sin duda es la posesión de un enorme capital cultural lo que permite a los escritores de *Libre* la autonomía que reclaman, ya desde el nombre elegido para la revista, como así también la defensa de ideologías específicas de circulación exclusiva dentro del campo intelectual. Por el otro lado, lo que se ostenta es un capital estatal (la revolución cubana) o un capital militar (que sólo se adquiere en la Revolución o en la guerrilla), pues

¿quién que no oiga silbar el plomo ni huelga el humo de los fusiles estará en situación de castigar o perdonar, es decir de *juzgar* ?²

1. *Mundo Nuevo*, número 1, julio de 1966.

2. Nicolás Guillén «Sobre el Congreso y algo más», *Verde Olivo*, n° 22, 30 de mayo de 1971.

Desde su primera página, *Libre* proclama la legitimidad ideológica intrínseca de su capital cultural :

La simple lectura de este primer número de *Libre* puede ser más ilustrativa que cualquier declaración razonada de intenciones : cuando una revista reúne a escritores como los que firman estos trabajos y como los que han de colaborar en números venideros, su propósito no puede prestarse a equívocos ni a interpretaciones apresuradas.

La posición de fortaleza de los escritores de *Libre* es, aún para sus adversarios, la literatura misma. En tanto postula que la literatura es, por definición, *política*, una de las operaciones de *Libre* consistirá en separar política de literatura dentro del marco de cada uno de los artículos que publica, para unirlos luego en la totalidad de la revista : un escritor «libre» habla preferentemente de literatura, como lo demuestran las entrevistas a Borges, García Márquez y Donoso. Esto produce un estilo de reportaje bien diferente al de otras publicaciones más radicales, no sólo cubanas, en donde la definición del intelectual revolucionario se traza con criterios de eficacia práctica directa. Para hablar de política *stricto sensu* convocará a políticos *profesionales* : Hector Bejar, Pompeyo Márquez, Carlos Delgado, se refieren estrictamente a cuestiones de teoría marxista y revolucionaria y a la lucha política en sus propios países.

Varios números de *Casa de las Américas* polemizan directa e indirectamente con *Libre*. Las argumentaciones más interesantes del lado cubano son las que intentan despojar a los escritores «libres» de los lauros que los autorizan a enfrentarse al Estado cubano y a sus instituciones culturales. El derecho a la crítica se disputará doblemente. No solamente se rechazará el concepto de escritor como crítico de la sociedad sino que además se negará incluso la legitimidad de la crítica literaria de los escritores «libres», un rubro frecuentado por Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Goytisolo y Cortázar, y no disputado hasta entonces.

La literatura, puntal de los de *Libre*, que fuera unánimemente alabada a comienzos de los sesenta, será ahora devaluada, por efecto de las discrepancias ideológico-políticas. O porque está en manos de «escritores que todo lo sitúan en la vía del lucimiento personal, que no son militantes de causa alguna ni han asumido jamás una noble responsabilidad» y por lo tanto «han dejado de cumplir la función esencial de ofrecer la América más honda»¹ o porque está superada por «los novisímos pa-

1. Juan Marinello, «Literatura y revolución», *Casa de las Américas*, número 68, septiembre-octubre 1971.

rámetros impuestos por la interpretación marxista leninista»¹, argumento con el que se inhuma como exequia del pasado toda la producción que va desde Carpentier a García Márquez, quien fuera presentado, poco tiempo antes en *Casa de las Américas* como «el mejor escritor de lengua española ; Amadís de América ; Cervantes colombiano».

La discusión teorizará entonces, dos formas de conceptualizar estética e ideológicamente las poéticas en juego, como otra manera de hacer estéticos los desacuerdos políticos. Se pondrán en cuestión los géneros, los materiales literarios y las teorías sobre la función general del arte. Contra la novela, los intelectuales *estatizados* alabarán el testimonio o la poesía : desde por lo menos 1969 se elabora la idea de que el testimonio (o, en términos de los redescubiertos formalistas rusos, la factografía), es más revolucionario que la novela. Por el lado de los materiales, se separará ideológicamente una literatura autorreferencial o armada de referencias culturales (Fuentes, Sarduy, particularmente) de la que con tono épico, trabaje sobre los hechos y la historia de la revolución. De esta disputa proviene el rescate, en esa época, de las virtudes literaturogenéticas del panfleto, por parte de uno de los representantes de la línea estatal, como modo de afirmar su diferencia con los «libres» y legitimarla *políticamente*².

Lo más interesante de la polémica es el recurso a la teoría : la categoría marxista de «uso» (tomada de la *Introducción a la crítica de la economía política*) será el arma teórica capaz de enfrentar la concepción de la literatura «de calidad» de los «libres»³. Por su parte, desde las páginas de *Libre*, Juan Goytisolo intenta elaborar una teoría que asimile «intertextualidad» a «compromiso», similar, en algunos aspectos al concepto elaborado por Cortázar de «revolución en la literatura». Mientras Vargas Llosa, en sus declaraciones y ensayos literarios (particularmente en *García Márquez : Historia de un deicidio*, fragmentos del cual se publican en *Libre*) procurará descubrir filogenéticamente, los componentes

1. José Antonio Portuondo, «Una novela revolucionaria», *Casa de las Américas*, número 71, marzo-abril, 1972.

2. La novela cubana actual se ha cuidado mucho de no caer en el panfleto. Hoy tenemos la terrible sospecha de que se cuidó demasiado (...) «La visión que condenaba el panfleto (era) demasiado esquemática». Como resultado de ello, se habría dado pie para las veleidades de los «libres» que «convencidos de que no teníamos nada nuevo que ofrecerles, empezaron a afirmar que era allá donde se estaba haciendo la literatura revolucionaria». Ambrosio Fornet, «A propósito de Sacchario», *Casa de las Américas*, número 64, enero-febrero, 1971.

3. Lisandro Otero, «Notas sobre la funcionalidad de la cultura», *Casa de las Américas*, número 68, septiembre-octubre 1971.

irracionales (eso es, no deliberados ni controlados) de la creación artística, asimilando al escritor con un dios rebelde. De allí deriva una poética de la intertextualidad, de la cita (Sarduy, Donoso, Goytisolo); una defensa de la indeterminación temática; la postulación del carácter revolucionario específico del arte y la idea de que las transformaciones en el sistema literario son homologables a las de la transformación del sistema social (Cortázar), básicamente como el repudio de toda programatización del realismo social, de la literatura contenidista y de la intención revolucionaria definida por las instancias culturales del Estado y contra cualquier poética que pueda asociarse con el zhdanovismo.

En realidad, ambos, «libres» y «estatales», se definen en relación a un mismo cuerpo teórico (el marxismo) pero eligen estratégicamente ciertos bloques de citas, reclamando para sí la verdadera interpretación y práctica que segregan los textos. En esta batalla teórica, *Libre* debe ceder lo que fuera una de sus apuestas más arriesgadas: la herencia legítima de Ernesto Guevara. La sola pretensión de disputársela a Cuba revela el alto concepto que los escritores «libres» tienen de ellos mismos y de su poder para litigar una sucesión con un Estado.

Síntoma de la dificultad de proseguir la discusión entablada y que constituía su objetivo primordial, las cuatro entregas de *Libre* son en realidad un proceso de retirada o de «indirección» del discurso directamente polémico. El primer número (dirigido por Juan Goytisolo) se abre con un dossier sobre «el caso Padilla». El último (dirigido por Vargas Llosa) se cierra con sinceros votos en pro de la reconciliación con Cuba. Para constatar esta oblicuidad de su polemismo es útil cotejar el dossier que *Libre* dedica al tema de la «liberación femenina», con el homenaje a la mujer que realiza *Casa de las Américas*¹. En *Libre*, la problemática de la mujer entra en relación con la crítica a los estados socialistas y refuta la perspectiva cubana de exaltación de la mujer revolucionaria a partir de las posiciones teóricas más radicales del feminismo. En general, *Libre* prestará enorme atención a la emergencia de lo que se ha dado en llamar «nuevos sujetos sociales», con sus propias lógicas de antagonismo y combate: las mujeres, los negros, los homosexuales. En ese sentido debe leerse su necesidad de redefinir ampliamente su idea de emancipación «no sólo política y económica sino también artística, moral, religiosa, sexual» (Del editorial del número 1). Otra estrategia oblicua para referir a Cuba es la lectura de los textos de Norberto Fuentes, *Cazabandido* y *Condenados de condado* (Premio Casa de las Américas 1968), a

1. Número 65-66, marzo-junio, 1971.

cargo de Julio Ortega. Mientras la interpretación cubana (post 68) consideró esos textos contrarrevolucionarios¹, para el recensista de *Libre*, ellos «deducen la filiación socialista del autor, y más que eso, su personal y viva intervención en el proceso de la Revolución misma».

Libre llega demasiado tarde a comprender un dato esencial del momento elegido para intervenir y del que se apercebiera Haroldo Conti : Que, a veces, el silencio es una gran ventaja². Tal vez no fuera evidente para *Libre* el apoyo que las posiciones cubanas suscitaban por fuera de la isla. La masiva adhesión de muchos escritores y artistas a la revolución castrista descolocó seguramente a la publicación y determinó su corta vida. Lo cierto es que *Libre* también se desgajó internamente y que la empresa acabó por romper los vínculos que unían al mismo grupo que organizó y sostuvo la publicación³. El inopinado último número (ninguna despedida indica que la revista dejará de aparecer) contiene la crónica de una conferencia de prensa ofrecida en París por autoridades culturales e intelectuales cubanas. El registro se pretende neutro, objetivo, desnudo : el lenguaje del cronista desaparece en el estilo directo sin comillas ni indicaciones de cita o de alteridad de la palabra⁴. Saúl Yurkievich toma la palabra para concluir : «Creo que debemos considerar lo expresado en esta conferencia como constancia y compromiso de la Revolución cubana para con sus intelectuales y artistas. Queda por esclare-

1. «Casos hay más lamentables aún : cazadores de premios como Norberto Fuentes y otros se disputan las páginas de nuestras revistas culturales y las ediciones de la revolución, con obras y juicios superficiales, torpes y claro, no revolucionarios». Luis Pavón (teniente del ejército cubano y Viceministro de cultura en 1971), en su respuesta a la encuesta de *Casa de las Américas* «Literatura y Revolución». *Casa de las Américas*, número 51-52, noviembre 1968-febrero 1969.

2. Entrevista publicada en *El tiempo*, Bogotá, 28 de noviembre 1971.

3. «La revista trimestral del mundo de habla española que debía habernos aglutinado se convirtió, en verdad, por una serie de causas e imponderables, en el arma de nuestro enfrentamiento y, a la postre, de nuestra enemistad. Las relaciones personales que unían a sus iniciadores protagonistas casi todos ellos del mal llamado *boom* latinoamericano — se agriaron y, en cierto modo, terminaron allí. Sentimientos de duda, recelo y aun franca hostilidad sustituyeron la vieja cordialidad y camaradería». Juan Goytisolo, «El gato negro que atravesó nuestras oficinas de la rue de Bièvre», en *Quimera*, marzo 1983, n° 29.

4. Glosa : Frente al auditorio están Juan Marinello, José Antonio Portuondo, Cintio Vitier, Guillermo Castañeda (...) Según las respuestas, formuladas de manera franca y directa, la Revolución no privilegia ninguna forma artística, no pretende imponer recetas... No hay una estética oficial considerada como un dogma imperativo. (...) La Revolución no reclama un arte exclusivamente militante sino, ante todo, expresiones de alto nivel artístico (...) Se intenta no sólo elevar el nivel de la producción cultural, sino también hacer extensible a todo el pueblo.

cer la relación con los latinoamericanos en el exilio. Hago votos por el total restablecimiento de un diálogo mutuamente respetuoso, por el pasaje de la invectiva al análisis, del enervamiento a la crítica constructiva, coincidente en los principios y tolerante con respecto a las posibles divergencias en las prácticas». Al parecer, el tema de los exiliados latinoamericanos, quedó sin aclarar y el diálogo no fue posible, por lo menos desde *Libre*. Esa es la última página de su último número. Las condiciones de institucionalización de la práctica literaria dan cuenta de uno de los escasos períodos en la historia cultural latinoamericana en que los propios intelectuales se expiden mayoritariamente en contra del impulso autonomista. Las posiciones que postulan que la literatura debe darse, sin condicionantes, sus propias reglas carecerán de legitimidad. Por lo menos en el discurso público. Si muy poco más tarde, la situación habrá cambiado sustancialmente, no debe descartarse como hipótesis la circulación privada, dentro del campo intelectual, de las posiciones sustentadas por *Libre*. Probablemente porque otro rasgo del período fue el deliberado acatamiento a las interdicciones que pesaban sobre el lenguaje. Estos años supusieron la codificación de estrategias retóricas consideradas «seguras» en los discursos elaborados para alcanzar resonancia pública. Para el historiador intelectual los mejores documentos se han perdido: mucha más información y sustancia aportaría el conocimiento del inasible discurso privado, al abrigo de los pares unánimemente convertidos en guardianes del discurso revolucionario «correcto», en un clima gobernado por la suspicacia recíproca y el temor al infiltramiento de «lo burgués» en el lenguaje, que sólo desaparecería finalmente de las palabras cuando el esperado «hombre nuevo» adquiriera carnadura. La convicción de que sólo se pertenecía al incómodo grupo de «intelectuales de transición» tornaba más aguda la vigilancia. Cualquier paso en falso revelaría en ellos, los resabios contrarrevolucionarios de su formación burguesa. Si por un lado, las palabras perderán valor, expuestas a reconocer su ineficacia frente a otras formas de acción, paradójicamente no disminuirá su importancia, manifestada en el exagerado control con que se les dosificaba. Porque si no podrían competir en eficacia con la «acción pura», serían en cambio, uno de los jinetes sobre los que montaba la contrarrevolución.

De cualquier modo, si la experiencia de *Libre* apenas sugiere lo antedicho, revela ante todo la insuficiencia del capital cultural en relación con el capital que los intelectuales obtienen aliándose a un Estado. Resulta paradójico y altamente revelador que Goytisolo juzgue la decisión final de sus colegas respecto de no seguir apoyando la revista, en

términos parecidos a los de las acusaciones recibidas :

Cómodamente instalados en las democracias burguesas, los abanderados de la supuesta causa revolucionaria ... celebraban o encubrían con su complicidad cada una de sus medidas opresoras, aún las más aberrantes.¹

Aquellas formas del imperativo revolucionario y el imperativo crítico aplicadas a la literatura cedieron finalmente paso a nuevas formas de institucionalización en las cuales las exigencias de politización de la cultura son secundarias cuando no inexistentes. Sin embargo, hoy día hay quienes, como Robert Darnton, todavía afirman² que los libros pueden cambiar el mundo. ¿Cómo pensar entonces las relaciones entre literatura y política ? Las soluciones aquí analizadas se revelaron inadecuadas. El problema sigue en pie.

Licenciada Claudia GILMAN
Universidad de Buenos Aires

1. J. Goytisolo, *op. cit.*

2. Pierre Lepape, «L'histoire littéraire», (Entrevista a Robert Darnton), *Le Monde*, 20 de marzo de 1992, p. 14.